

CULTURA



EDUCAR CON CABEZA Y CORAZÓN

SUGERENCIAS PARA PROFESORES

JOSÉ IGNACIO MORENO ITURRALDE



JOSÉ IGNACIO MORENO ITURRALDE

**EDUCAR CON CABEZA
Y CORAZÓN**

SUGERENCIAS PARA DOCENTES

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: José Ignacio Moreno Iturralde
© Digital Reasons, 2018
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco.
Diseño de interior: Enrique Chuvieco.

ISBN: 978-84-947622-2-2
Depósito Legal: M-4253-2018

Ficha bibliográfica: Moreno Iturralde, José Ignacio (2018): *Educación con cabeza y corazón*. Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publiceo. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

Introducción	7
1. El oficio de ser «profe»	9
2. Ser querido y querer	15
2.1 César	17
2.2 Inteligencia, voluntad y corazón.....	18
2.3 Dejarse querer	19
2.4 Los alumnos necesitan exigencia y cordialidad	21
3. Familia y educación	23
3.1 Lo primero es la familia	25
3.2 El valioso reto de educar a los hijos.....	28
3.3 Familia, escuela y libertad.....	31
3.4 Enseñanza mixta y diferenciada	33
4. Realismo	37
4.1 Una lección de Viktor Frankl.....	39
4.2 Resulta que es al revés	40
4.3 Conocimiento propio.....	41
4.4 Realidad y felicidad	43
5. Amor por la verdad	45
5.1 Verdad como desvelamiento	45
5.2 Los argumentos de autoridad pueden ser fuente de progreso.....	47
5.3 Conocimiento racional y conocimiento intuitivo	48
5.4 Verdad y vida	49
5.5 Pérdida de realismo y cinismo	50
5.6 Medios de comunicación, persona y educación	52
5.7 Una experiencia concreta: Filosofía para universitarios ...	54
6. Construir la personalidad	57
6.1 Noción y aspectos de la libertad	58
6.2 Imperativos morales absolutos	61
6.3 Virtudes: valores entrenados.....	63
6.4 Los afectos y la armonía psíquica.....	66
6.5 ¿Dónde ponemos el centro de la ética?.....	67
6.6 Respeto	69
6.7 El perdón	70
6.8 Respeto y autoridad.....	70
6.9 Educación y respeto	72
6.10 Educación en el trato	74
6.11 Un suceso escandaloso	75

6.12 Profesores y alumnos: perder y ganar	79
6.13 Preceptuación.....	82
7. Amistad con los alumnos: anécdotas vividas	85
7.1 Una dosis de realismo: filosofando en Vallecas.....	91
7.2 Excursiones a Pamplona.....	94
7.3 Viajes a Roma	99
7.4 Becas de promoción y cenas fin de curso	103
7.5 Actividades de verano	107
8. La vida como paradoja	115
8.1 La bondad de lo real.....	116
8.2 Lo último que se pierde	118
8.3 La madurez.....	119
9. Trabajar con acierto	123
9.1 Un entorno emocionalmente agradable	123
9.2 Procurar hacer las cosas bien, paso a paso	124
9.3 Capacidad de concentración	125
9.4 La importancia de estudiar	127
9.5 Previsión	129
9.6 Dejarse ayudar	130
9.7 Orientación psicopedagógica y medicina	131
9.8 Saber detectar los puntos fuertes de cada uno	132
9.9 Acompañar en «la edad del pavo»	133
9.10 Sentido del trabajo	134
9.11 Éxitos y fracasos: siempre experiencia	136
10. Conocimiento y educación.....	139
10.1 Nuevos horizontes para la enseñanza	146
10.2 Breves sugerencias respecto a los sistemas de enseñanza	147
11. Categoría humana y educación	149
11.1 Originalidad: lo profundo de la propia identidad.....	149
11.2 Inteligencia y generosidad	151
11.3 Un ejemplo.....	153
11.4 Vivir el presente	153
11.5 Gratitud y competencia.....	155
11.6 Ser positivos	156
12. Alegría y enseñanza.....	159
12.1 Sencillez y alegría	161
12.2 Crear lazos, hacer escuela	163
12.3 Una educación muy humana	165
13. Referencias	167

A mis padres, los mejores educadores

INTRODUCCIÓN

La juventud es la etapa de los grandes ideales, de los deseos de hacer cosas grandes en la vida, de la ilusión por contribuir a hacer un mundo mejor; también puede ser el periodo de los primeros desengaños serios, de dudas y fragilidades. Toda esta ebullición de ideas y sentimientos se supera con fuerza cuando la vida está sustentada por una comunidad de cariño y seguridad, que es la propia familia.

El colegio, con todas sus limitaciones, procura expandir las capacidades y posibilidades de desarrollo de los jóvenes. Es por esto tan importante que entre los padres y las escuelas exista una buena comunicación y compenetración. Después, la universidad o los estudios de formación profesional ofrecerán un marco de capacitación académica y de orientación laboral. La propia personalidad de los estudiantes será muy importante para buscar sus propios caminos dentro de los estudios oficiales que se les ofertan.

Vivimos en una realidad con posibilidades técnicas asombrosas. No es menos cierto que la comprensión de lo que sucede a nuestro alrededor, teniendo en cuenta la cantidad de información que poseemos, no es fácilmente

asimilable. La sociedad del siglo XXI nos ofrece, junto con grandes avances, un mundo con profundas desigualdades y grandes perplejidades respecto a cuestiones éticas fundamentales. Hoy existe una falta de acuerdo social respecto a realidades que influyen decisivamente en la personalidad como el amor, la familia, y la propia dignidad humana. El prestigio profesional del docente ha de incluir ideas y actitudes valiosas, para saber ofrecer a los alumnos una visión realista y positiva del mundo. Esto les ayudará a que saquen sus propias conclusiones y desarrollen su propia manera de vivir. Educarse con acierto, descubrir cuál es el mejor potencial de la propia personalidad es una cuestión clave. Una educación que ayude a acertar en la propia vida, humana y profesionalmente, es algo que repercutirá para mucho bien en los estudiantes, en quienes les rodean y en toda la sociedad.

El trabajo que exponemos a continuación se dirige, sobre todo, a educadores de jóvenes entre doce y veinticuatro años; edades correspondientes a educación secundaria, bachillerato y universidad. Nos basamos en algunas ideas destacadas de libros que consideramos especialmente relevantes, tanto de antropología como de pedagogía, así como en la experiencia personal de varias décadas en el mundo de la enseñanza.

Una idea que preside este estudio es educar, con cabeza y corazón, a la totalidad de la persona. Aprender a sacar lo mejor de cada alumno, para mejorar la realidad que a cada uno de ellos les toca vivir, con sus aspectos gratos y con sus contratiempos.

Jose Ignacio Moreno Iturralde

1. EL OFICIO DE SER «PROFE»

Querer descubrir una nueva fórmula matemática; aspirar a conseguir la ecuación unificadora de las cuatro fuerzas de la Física, o plantearse seriamente llegar a un nuevo sistema filosófico, son algunos de los motores serios de la enseñanza. Al enfocar la clase como una estrategia para lograr una cima de conocimiento hemos de pensar, en mi opinión, más en una superación que en un juego. Por la retaguardia dos alumnos llegan tarde, al fondo de la clase un inquieto tiene la necesidad de comunicar su inquietud. Otro estudiante, absorto en sí mismo, bucea en su profundo mundo personal.

Prosigamos: Se han pensado las cosas, se han toreado las inconvenientes y se ha ascendido hasta el mirador de un punto del conocimiento. Una pregunta imprevista de un alumno puede ser tan aguda como un sable y tan sabia como una hermana que hace un reproche. La cabeza del profesor entra en ebullición, otea y busca hasta encontrar en el pequeño firmamento de su mente la estrella de la respuesta precisa a una pregunta joven y, por tanto, exigente. ¡Eureka!... La meta final es más lúcida que el conocimiento previsto para transmitir. Se ha producido una unión, un colegio.

Un colegio, o un instituto, es un lugar de trabajo. La humanidad caída y grupal manifiesta monótonamente aspectos cuarteleros, indigestas salidas de tono, precariedad y limitación abundantes. Con todo, el colegio es una unión de corazones o no es nada. Una unión imperfecta, correosa, pero unión, que no es simple agregación. Para que esto haya podido ocurrir se necesita manifestar la propia personalidad; fraguada, alimentada y corregida en la familia. Si hay solidaridad familiar, la personalidad adolescente está fortalecida y su capacidad de relacionarse es armoniosa.

Un centro educativo es tonificante porque tiene algunos parecidos, en ocasiones, a una selva, y en una selva hay que espabilar y estar atento; como en la vida misma. Un centro educativo es un lugar de esfuerzo común. La enseñanza es un reflejo terrenal de la escatología: puede ser un infierno o un cielo; aunque con frecuencia tiene bastante de purgatorio. Si ello es así se debe a que hay verdad y mentira, bien y mal, sinceridad y falsía, nobleza y derrota.

Conviene que una escuela trate de los puntos neurálgicos de la existencia: la vida, la muerte, el hombre y Dios. Si estos contenidos, expuestos con el respeto debido a las diversas convicciones familiares y personales, se marginan o ningunean, la enseñanza adolece de alma o espíritu. La puerta del instituto es la que busca la verdad. La puerta de los defectos personales es la que busca la tolerancia. La segunda se abre y se supera si, sobre todo, buscamos abrir la primera.

Doy gracias de corazón a todos los que han hecho posible que exista una enseñanza con sentido común, digna del hombre. Generalmente la escuela es un lugar peleón donde, entre zozobras y risas, el compañerismo

y la camaradería han sido una nota habitual. Infinidad de personas estupendas han hecho posible la pasión por enseñar, por sintetizar el conocimiento y transmitirlo a los alumnos. En la educación, todos nos hemos enseñado a todos y hemos podido avanzar en nuestra vida, quizás con no pocos tropezones. Aprender y enseñar: he aquí dos de las actividades más dignas del hombre.

Repasando en la memoria tantos maestros y alumnos estimados, se divisa con claridad que la enseñanza es la geografía que rodea al hogar. Toda enseñanza verdadera, como afirmaron Sócrates y Platón, está grabada en la eternidad. Es posible alcanzar una enseñanza que explique una verdad siempre novedosa, que espolea al aprendizaje, a la paciencia y a la alegría.

Tengo la imagen nítida de un profesor que me dio clase poco tiempo, pero lo recuerdo con gratitud porque era educado y amable. En otros profesores he visto madurez, sentido común, orden y, sobre todo, saber lo que realmente es un chaval —una sabiduría adquirida a lo largo de años—. En algunos docentes hay una atractiva connaturalidad entre la materia que imparten y su propia vida, fruto del estudio y de la reflexión de cada día. Y, en casos notables, una mágica capacidad para no dar la clase a un grupo sino uno a uno, creando un ambiente especial como consecuencia de un recio cariño francamente humano. También quería citar a los docentes que han dejado la enseñanza, y tienen tal vez una maravillosa ignorancia del bien que han hecho a tanta gente.

Existe, no lo ignoramos, desilusión docente por la dureza de las condiciones de la profesión —esfuerzo sólo entendido por el que lo vive—. También padecemos un serio fracaso escolar en alguno de los actuales sistemas de enseñanza. Todo esto es cierto y debe ser solucionado

del mejor modo posible, pero considero que extenderse demasiado en estos puntos es algo igualmente fracasado y mediocre. Todos hemos tenido situaciones mejores y peores, y de estas últimas se pueden sacar victorias insospechadas.

Quisiera mencionar ahora algo que considero de gran importancia: la alegría estable en el trabajo, pese a los altibajos de la vida. No hay mayor crédito para un profesor que esta misteriosa y humanísima realidad. Qué difícil es esta conquista; quizás se trate de un don. He tenido la suerte de haberlo visto hecho vida en algunos de mis compañeros.

Estudiar, tener el afán de comunicar cosas interesantes, aspirar al premio Nobel, pasarlo bien con los alumnos, desdramatizar situaciones inevitables de lo cotidiano con buen humor y humildad, establecer la autoridad adecuada: esto sí que son asignaturas importantes.

El profesor que se mezcla con sus alumnos, que emprende actividades culturales o de diversión con todos o algunos de ellos —sin hacer discriminaciones—, que con el paso del tiempo ve que muchos de sus amigos son antiguos alumnos suyos, siente una gran satisfacción por el contenido profundamente humano y social de su profesión. Pero la enseñanza es una profesión dura, y en alguna ocasión un profesor puede ejercer la legítima libertad de cambiar de trabajo.

Estoy seguro de que la inteligencia de una sociedad y su catadura moral está en proporción de la defensa, con hechos, de la libertad, la igualdad de oportunidades, y la calidad de la enseñanza. En ocasiones, la falta de visión hace que no sepamos invertir en nosotros mismos.

... Un papel por el suelo, que conviene hacer recoger, varios alumnos con cara de aburrimiento integral, un

gracioso que no para de hablar, incluso una desagradable chincheta que se me clava en el zapato... Pero también, de vez en cuando, una sonrisa sincera entre un alumno y el profesor: algo difícil de superar. Además, con el paso del tiempo, la promoción humana y profesional de millares de jóvenes.

2. SER QUERIDO Y QUERER

Después del repecho de mayo y junio llegan las vacaciones del verano. Las caras de los alumnos recorren una variada gama de expresiones según sus notas académicas: satisfacción, euforia, moderada aceptación, o frustración. Antes de concluir el curso, en un colegio donde trabajé muchos años, se hacía algo que vale la pena contar. Un profesor, con mucha experiencia, propuso hacer una fiesta conjunta de profesores y alumnos de 2º de Bachillerato. La idea me pareció temeraria, al tratarse de unos días de mayo donde estaban terminando las clases para los alumnos del último curso en el colegio. La fiesta tendría lugar antes de darse las notas; detalle, éste sí, que me pareció de sentido común. ¿En qué consistiría? Tras una merienda, sin muchas pretensiones nutritivas, tanto alumnos como profesores harían algún tipo de actuaciones lúdicas: canciones, vídeos, chistes... Las espadas estaban en alto. La primera vez que asistí observé como los alumnos, en sus intervenciones, llegaban al límite de lo políticamente correcto con una fina e inteligente ironía. Pero mi asombro llegó al máximo cuando vi entrar al ideólogo del evento, disfrazado de juglar y guitarra en mano. Al mismo tiempo, una pantalla hacía ver un

Power point complementario a la actuación. Aquel profe comenzó a cantar una coplilla con rimas dedicadas, por orden, a cada uno de los alumnos. La cara de cada chaval aludido adquiría gestos fantásticos cuando se desvelaba cuál era el nombre de su novia, o el de su grupo preferido de música. Simultáneamente, el audiovisual reflejaba una imagen de *Spiderman* con la cara del alumno cachas, o la de Einstein con la geta del empollón. Las risas y los aplausos fueron estruendosos. Al final del festejo se daba a cada alumno una composición collage de su imagen, y una conjunta de todo el grupo. Los muchachos se iban felices y sentían orgullo del colegio en el que se habían educado. No es difícil adivinar que detrás de la actuación de aquél profesor, que se prolongó a lo largo de los años, había mucho tiempo extra de preparación.

Desde la experiencia del cariño recibido en el colegio, pero sobre todo en la propia familia, es cuando uno puede querer a los demás. Cuando me sé querido por alguien que me importa, entonces me sé bueno y es entonces cuando puedo darme. Junto a recibir estima, es importante saber darla, saber salir de uno mismo hacia los demás.

El amor a alguien consiste en alegrarme de que exista, en afirmar su vida, empezando por respetarle y continuando por querer su bien, independientemente de mis intereses. C.S. Lewis, en unas páginas dedicadas a la amistad, dice que cada amigo nos ayuda a revelar parte de nuestro yo (Lewis, 2005). Un amigo detona aspectos de mi personalidad que, sin su amistad, quizás se manifestarían en mucha menor medida. Otra sabia afirmación dice que «lo que podemos hacer con ayuda de los amigos, podemos hacerlo, en cierta medida, nosotros mismos» (Aquino, 2014). Se trata de una afirmación que nos hace ver la importancia de nuestras relaciones personales.

Hay quien piensa que un padre es un padre y no un amigo para su hijo. Esta postura sostendría también que un profesor, por el hecho de serlo, no es un amigo de su alumno. Personalmente no estoy de acuerdo: existe la amistad de padre y la amistad de profesor. Estos tipos de amistad no devalúan, sino que engrandecen, a distinto nivel, la paternidad y la tarea docente.

2.1 César

En el madrileño barrio obrero de Vallecas se sitúa un colegio donde trabajé en dos etapas de mi vida. Al comenzar la segunda, en 1991, un tipo me saludó en una sala del centro docente. Iba vestido elegante, pero de un modo algo extraño. Alguien me dijo después que había sido *Mod*, una especie de tribu urbana.

—¿Te acuerdas de mí? —me preguntó—. Su cara me resultaba familiar.

—*Soy César*, afirmó. En aquel momento me di cuenta de que le había dado clase cuando tenía catorce años. Ahora le recordaba bien, pese a que de catorce a veinte años un tipo cambia una barbaridad.

Le saludé con alegría. Recordamos que, haría unos tres años, nos habíamos encontrado casualmente en una estación de metro. Tenía entonces, a sus dieciséis o diecisiete años, una pinta de gamberro integral con chupa de cuero negro claveteada, según mandaban los cánones de entonces. Ahora me decía que estudiaba Derecho y que se estaba dando una vuelta por su antiguo «cole». César solo cursó primero del antiguo Bachillerato en aquel colegio, y luego se había cambiado de centro docente. Terminamos la conversación y le dije que le llamaría para unas tertulias que

estaba organizando con universitarios. No lo hice por puro olvido... Qué negligentes y estúpidos son algunos olvidos.

Unos meses más tarde, César buscó al capellán del colegio. Le dijo que venía a encargar su funeral. Ante la cara de desconcierto del receptor del mensaje, el interesado le aclaró su situación. Le habían encontrado un tumor en el cerebro y había que intervenirle rápidamente. Su vida corría peligro en la operación. El sacerdote trató de darle ánimos. Charló con él un buen rato.

Pese a que la operación parecía haber salido bien, hubo una complicación posterior y César falleció. Pocos días después se celebró el funeral al que asistieron sus padres, envueltos en lágrimas, sus compañeros de universidad y los antiguos del colegio. El sacerdote que oficiaba dijo que César había muerto como un valiente. Fue ahí cuando me di cuenta de la importancia que tiene una educación que deja referencias seguras.

2.2 Inteligencia, voluntad y corazón

En la búsqueda de señales claras para la vida interviene la inteligencia, la voluntad y el corazón. Es bueno pensar cómo se relacionan estas facultades tan humanas. El amor tiene muchas facetas. Hay que querer a un padre como a un padre, a una abuela como tal, a una novia como novia y a mi mujer como mi esposa. Si se confunden los planos, el lío que se organiza puede ser grande.

La inteligencia tiende a la verdad, que la voluntad querrá como bien. El corazón tiende a hacerse uno con lo querido. Amar es más importante que entender; pero la inteligencia ha de tener prioridad respecto a la voluntad y al corazón, porque es ella la que tiene la función de detectar la verdad.

Podemos poner como ejemplo el de un coche donde la inteligencia o entendimiento es el volante, la voluntad el motor y el corazón el aceite del motor. «Entendimiento, voluntad y corazón están destinados a cooperar entre sí y fecundarse mutuamente» (Von Hildebrand: 56); deben apoyarse entre sí, sin olvidar cuál es la función de cada una.

La afectividad, todo el ámbito del corazón, es algo de importancia clave. Por esto, conviene darse cuenta de lo anteriormente explicado. La afectividad tiene un evidente aspecto espontáneo; pero al tratarse de una afectividad humana, y no simplemente animal, tiene que estar educada mediante el ejercicio de las virtudes. Labrarse un corazón bueno es una tarea esforzada que requiere toda una vida. Por esto hay personas que han aprendido a querer, procuran hacerlo cada día, y contribuyen a que este mundo merezca la pena ser vivido. Saber querer, aunque lógicamente nos acompañe algún defecto no del todo superado, supone hacer la vida más bella y ayudar a los demás a que también la hagan así.

La vida da muchas vueltas, pero cuando la inteligencia tiene una buena brújula para detectar el norte de la estrella polar, la voluntad sigue ese rumbo con más facilidad y el corazón encuentra paz y consuelo. César era un tipo listo y su etapa juvenil parece que recorrió un recorrido bastante incierto. Pero tenía referencias y, en su azarosa y breve vida, supo acudir a ellas con inteligencia y libertad; poniendo su corazón en lo único que le daba una sólida esperanza.

2.3 Dejarse querer

Ser querido, dejarse querer, parece lo más natural del mundo. Se ve muy claro en los niños y en los ancianos; y

en todo el mundo. Sin embargo, en épocas más o menos largas, nos cuesta aceptar el aprecio de los demás, aunque en el fondo lo deseamos.

Nuestra autonomía, incluso en el darse, puede impedir algo que tal vez es más importante que querer: aceptar ser querido. La razón es sencilla: nadie da de lo que no tiene. Nadie que no haya sido querido sabrá querer. Querer a otra persona, no es quererla para mí sino querer lo mejor para ella (Pieper, 2001: 503-515). Ser querido es por tanto ser dignificado, ser dotado de sentido, de valor.

Ser querido es en cierta manera permitir que nuestra identidad dependa de otro, lo que puede sugerir cierto vértigo. Ser querido es aceptar la unión con las demás personas, y supone —si se puede hablar así— perder algo de casta para ganarlo de personalidad. Aceptar ser querido es la base para querer; y sólo quien se sabe muy querido sabrá querer y darse con toda su persona.

La película titulada *Mejor imposible* relata el romance entre un escritor, con algunos problemas psicológicos, y una camarera bastante más joven que su pretendiente. En un momento determinado ella le dice: «Todavía no me has dicho ningún piropo». El escritor, que desde hacía poco se había decidido a tomar la medicación que le prescribiera su médico, le contesta: «Desde que te conozco tomo mis pastillas». Ella no alcanza el sentido del cumplido y él le aclara: «Tú haces que yo quiera ser mejor persona». El hecho de saberse querido es simultáneo a saberse llenó de sentido y con ganas de mejorar. Como alguien ha escrito, «el tú solo se revela al amor».

La estima que nos manifiestan las personas a quienes apreciamos nos proporciona una cierta plenitud en nuestro ser, nos hace felices. El corazón, como cualquier otra facultad humana, es activado desde fuera de noso-

tros mismos. Ciertamente hay muchas cosas que no elegimos y, en parte, aquello que más nos realiza: un amor verdadero. Toda la realidad que nos rodea no nos limita; nos levanta por encima de nosotros mismos.

En algunas clases con mis alumnos, cuando se aproximaba la hora de comer, les hacía una reflexión con una pequeña dosis de crueldad. Les proponía que miraran por la ventana y se imaginaran que hubiera una mesa llena de hamburguesas calientes, patatas fritas y coca colas refrescantes. Nos decidimos a ir a por ellas —prosigue el duro relato—, pero encontramos la dificultad de alguien que nos impide degustar estos sabrosos manjares. Al día siguiente, tras una noche lluviosa, la comida queda pasada y sin atractivo alguno para el estómago y el paladar. La metáfora tenía la siguiente enseñanza: es propio de los bienes ser ofrecidos para quienes puedan ser de provecho; lo contrario es un despilfarro. Los seres humanos no somos objetos, pero al sentirnos queridos, apreciados por lo que somos, nos sabemos buenos. Es entonces cuando libremente podemos darnos, ofrecernos, en una actitud positiva de servicio, que es fuente de alegría.

El adagio de Shakespeare «ser o no ser...» es insuficiente. Desde la perspectiva estudiada, la cuestión crucial es «ser querido o no ser querido». «Amar es como decir es bueno que existas» (Pieper, 2001: 506).

2.4 Los alumnos necesitan exigencia y cordialidad

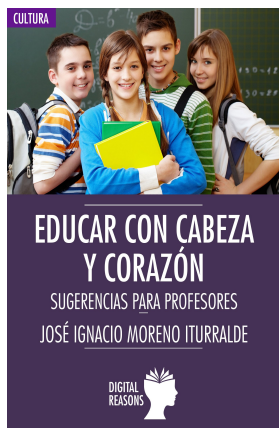
A la hora de educar hay que saber combinar la exigencia con el cariño. Especialmente el segundo no se improvisa. Los jóvenes, aunque no lo parezca, quieren ser

exigidos, pero desde la cordialidad. Un chico o una chica joven detecta inmediatamente cuando se le habla con cariño auténtico y cuando no. Actuar del primer modo no siempre resulta fácil y requiere, en ocasiones, de una autenticidad interior profundamente trabajada en la dura escuela de la humildad, la comprensión y la exigencia.

Por otra parte, hay que enseñar el valor del respeto desde algo tan evidente como el deseo que todos tenemos de ser respetados. El respeto es la primera forma de amor. Es común que los más jóvenes identifiquen amor u odio con sentimientos de atracción o de repulsa. Hay que enseñarles, sobre todo con el ejemplo, que la voluntad está por encima de los sentimientos. Nuestras capacidades racionales han de ajustar nuestros sentimientos a la verdad de las cosas. Conviene insistir acerca de la auténtica afectividad. Sólo los amores que nos hacen ser mejor personas son los verdaderos. Si no sucede así, por muy intensos que parezcan, son sentimientos falsos.

Una cuestión concreta interesante es saber pedir perdón y saber perdonar. En la convivencia con los demás es frecuente que surjan roces. No siempre tienen la culpa los jóvenes. Que un profesor, por ejemplo, pida perdón con sencillez a sus alumnos en alguna ocasión que pueda requerirlo, es algo muy significativo para que los chavales aprendan a hacer lo mismo cuando sea preciso.

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer la introducción y los dos primeros capítulos de *Educar con cabeza y corazón*, de José Ignacio Moreno Iturralde. El libro completo, pensado para quienes educan a jóvenes de doce a veinticuatro años, recorre en doce capítulos cómo formar a la persona entera, con ideas de antropología y pedagogía y la experiencia de varias décadas en las aulas.

Comprar el libro completo >

bibliotecaonline.es/educar-con-cabeza-y-corazon

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **Profesor, alumnos y familia.** El oficio de ser «profe», exigencia y cordialidad, la familia como primera escuela, la relación entre familia, colegio y libertad, y la enseñanza mixta y diferenciada.
- **Realismo y amor por la verdad.** Una lección de Viktor Frankl, el conocimiento propio, los argumentos de autoridad, el cinismo, los medios de comunicación y la filosofía para universitarios.
- **Construir la personalidad.** Libertad, virtudes, afectos, respeto, perdón y autoridad, la preceptuación y la amistad con los alumnos contada en anécdotas: Vallecas, Pamplona, Roma, los veranos.
- **Trabajar con acierto y alegría.** Concentración, estudio, orientación y «la edad del pavo»; éxitos y fracasos; categoría humana, gratitud y una enseñanza alegre que crea escuela.

Con anécdotas reales de décadas de docencia y sugerencias prácticas para el aula.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-947622-2-2



Escanee para comprar